

LAS GAVIOTAS

Las gaviotas siguen el arado. Cuando éste camina, bajan al surco; cuando se detiene, se levantan en un tumulto de alas y de gritos. Son las aves de los puertos. Caen al agua y surgen llevando en el pico un pececillo palpitante, que sobre su pecho negro brilla al sol como un aderezo. Giran alrededor de las inmóviles velas de los navíos cargados de arena dorada y de frutas bermejas. De los navíos que parecen grandes murciélagos caídos con un ala abierta.

Pero son también las aves de los campos. Y cada mañana vienen de la aurora a seguir el arado silencioso.

Primero son tres, luego diez, luego tantas, que se diría que tiene el arado un dosel de alas. Caen tan suavemente que están en el suelo y tienen todavía las alas abiertas. Pero en el suelo arrastran la lentitud de los cisnes.

Los grandes ferrones de gleba húmeda vuelta al sol, están llenos de gusanos. Los hay de todos los matices: los blancos y anillados como rizos de niñas rubias, los rojizos como manchas de herrumbre en el rostro de una estatua. Y todos brillan al modo de piedras preciosas. Entonces las gaviotas se arrojan al surco en tropel y hacen festín.